

*un glaçs, et le verbe, ange du mouvement, qui donne le branle à la phrase. La musique, autre langue chère aux paresseux ou aux esprits profonds qui cherchent le délassement dans la variété du travail, vous parle de vous-même et vous raconte le poème de votre vie: elle s'incorpore à vous, et vous fondez en elle. Elle parle votre passion, non pas d'une manière vague et indéfinie, comme elle fait dans vos soirées nonchalantes, un jour d'opéra, mais d'une manière circonstanciée, positive, chaque mouvement du rythme marquant un mouvement connu de votre âme, chaque note se transformant en mot, et le poème entier entrant dans votre cerveau comme un dictionnaire doué de vie.*

Así, nuestro cerebro es ahora el espacio en blanco, la memoria vegetal cuya historia compone un diccionario donde rastreamos tatuajes, marcas, grafías, garabatos, «graffittis», cacofonías, ruidos, mensajes cifrados, que la embriaguez agita al modo de una alegoría que nos ilumina el accidental paisaje de la creación del mundo.

La primera fase, el primer libro, el grito de terror, calcan en el papel en blanco de tiempo la primera piedra: roca y letanía, columnas y diccionarios que posee la totalidad de los signos: libro de los muertos e historia de su desesperación: contabilidad y alucinaciones.

La borrachera, la embriaguez de los lenguajes, origina, *representa*, el teatro del mundo. Y ese viaje origina una gramática del paisaje (tejido de signos donde encontramos los decorados de la representación de nuestra farsa), una economía de los garabatos (tejido de signos y palabras, regidos a través de una economía onírica); ambas duermen en la tumba de la memoria de la especie, y, como fantasmas a los que la luz de la luna llena confiere la efímera vida inorgánica de cuerpos guiados por la fotosíntesis (al ser conducidos por el reverbero de la luz de la luna en los féretros de sus corazones), se ven ocasionalmente agitados en el fondo abisal del océano de nuestra conciencia, al abrigo de las tormentas que pudieran conferirles la ilusión de ser organismos vivos.

No es un azar, sin duda, que Baudelaire comparase las alucinaciones del opio con la tragedia griega. Secretos personajes, en efecto, salen de las aguas del sueño como lívidas sombras que caminan sin vida, pero agitadas por el viaje de un inyectable, desde el fondo del océano hacia las playas de la memoria (32); al igual que Orestes debe re-

---

(32) Sin duda, el océano ha sido, durante toda la historia de la humanidad, un depositario del secreto destino del cosmos. Su fuerza ciega, desmedida e inútil, encarna la imagen más inmediata de la existencia universal. El océano es la matriz del mundo, y su tumba.

Del mar nacen, asimismo, los sueños que encarnan luego en nuestra civilización: Ulises, Eneas..., el *viaje* y la *fundación*; la tentación del más allá, el origen de la ciudad. Si la

gresar de los confines de la Fócida para saber que su padre ha sido asesinado en un baño por su madre y el amante de ésta, y él debe,

*Iliada* y la *Eneida* narran el destino trágico de la urbe (su muerte y su fundación), la *Odisea*, como *La isla del tesoro*, nos cuentan la experiencia del viaje, la búsqueda de un improbable destino que las aguas del mar borran con su oleaje.

De ahí que, en ocasiones, el océano, asimismo, sea el depositario de la simiente original, la morada donde los héroes y los dioses habitan en la indiferencia de la noche abismal que los ampara de la vida. No es un azar que cuando Lovecraft desea encontrar un espacio donde los dioses primordiales, los dioses idos, las fuerzas del mal, y los perezosos dioses que un día deberán regresar a nuestros corazones en espera del mañana, deba confinarlos, con alarmante frecuencia, en el desierto oceánico. Asimismo, cuando Keaton, en *The Navigator*, imagina una parábola de la creación del mundo, su héroe nace de las aguas... y el dios y nuestra máscara se confunden: ambos tomamos la fisonomía de lo grotesco; el dios es un buzo que debe abandonar el silencio oceánico porque el azar lo privó de una tubería de caucho que le aseguraba la incierta vida de una entrañable marioneta repitiendo los manicomiales gestos de nuestra vida cotidiana; el hombre, sin saberlo, presta su vida y su cuerpo para que el dios pueda existir..., ambos son redimidos del guñol donde ofician su farsa a través de una fuerza oscura y terminante: el amor de una mujer.

El océano, pues, es el destino del viaje último (y nos afirma la voluntad de la muerte, y el placer de la aventura; el ocaso de la vida, y la única justificación que nos salva del mar del hastío para conducirnos, en el puente de un bergantín pirata, en compañía de los proscritos con quienes navegamos embriagados por el olor del mar, la fragancia de lo desconocido). Condenados a la descreencia de cualquier paraíso, situamos el árbol del bien y del mal (la vegetación, por antonomasia, del edén), el árbol de la sabiduría y el conocimiento, en la estancia vacía de lo ausente, la evocación de lo perdido, la instancia inexorable del recuerdo: memoria y diccionario que posee todos los nombres que cifran el jeroglífico de nuestra vida.

Lovecraft lo sabía bien. En *The Dream-Quest of Unknown Kadath*, Nyarlathotep ilustra a Randolph Carter acerca de la morada de los Grandes Dioses, en cuya búsqueda el aventurero ha empeñado su vida (que, al saber que alguien preguntaba por ellos... «han gruñido mientras bailaban torpemente sus danzas estúpidas al son de las flautas, en el vacío final...»), y, en torno al viaje que debe emprender, le aconseja: «... no es a través de mares desconocidos por donde debes dirigir tus pasos, sino a través de años desconocidos y pasados, hacia las visiones luminosas de tu infancia, hacia esas vivencias empañadas de sol y de magia que los viejos paisajes despiertan en una mirada joven.

Pues sabe que tu dura y mármorea ciudad de ensueño no es sino la suma de todo lo que has visto y amado de tu infancia. Está formada con el esplendor de los puntiagudos tejados de Boston y las ventanas de poniente encendidas por los últimos rayos de sol; con la fragancia de las flores del Common, la inmensa cúpula erguida en lo alto de la cuesta, y el laberinto de buhardillas y chimeneas que se alzan en el valle violáceo donde el Charles discurre perezosamente por debajo de los innumerables puentes. Todas estas cosas contemplaste, Randolph Carter, cuando tu nodriza te sacó a pasear por primera vez un día de primavera, y será lo último que verás con ojos de nostalgia y de amor. Y tiene también la imagen de Salem y su historia sombría; y la de la espectral Marblehead que escaló rocosos precipicios en los siglos del pasado; y el esplendor glorioso de las torres de Salem y de los campanarios que se ven a lo lejos desde los prados de Marblehead y desde el puerto tras el cual se pone siempre el sol.

Y la ciudad de tu sueño está hecha de la fantástica y señorial Providence con sus siete colinas en torno al puerto azul, con sus terrazas de césped que conducen a campanarios y ciudadelas de una antigüedad viva aún; y de Newport, que se eleva fantasmal desde su escollera. Y de Arkham también, con sus techumbres invadidas por el musgo, y sus praderas ondulantes y rocosas. Y de la antediluviana Kinsport, blanqueada por los años, ciudad de innumerables chimeneas y muelles desiertos y buhardillas torcidas; y de la maravilla de sus acantilados sobre el mar, y del océano cubierto de brumas lechosas en cuyas aguas se mecen las boyas tintineantes.

En tu ciudad están los fríos valles de Concord, los empedrados callejones de Portsmouth, los caminos rústicos y umbríos de New Hampshire, cuyos olmos gigantes casi ocultan las blancas paredes de las viejas granjas y las caídas techumbres de los pozos. Están los muelles saltrosos de Gloucester y los mimbrales de Truro azotados por el viento. Están los paisajes con pueblecitos lejanos y torres de campanario, y los montes que se alzan tras las colinas a lo largo de la Costa del Norte, y las sosegadas laderas rocosas y las

obedeciendo a una fuerza no menos oscura, ciega y asesina, cumplir su destino y, así, ganar para sus brazos y su corazón la mancha de la sangre derramada.



Sí, la memoria es un cementerio de signos donde yacen los restos que, a nuestro pesar, en la indiferencia de los organismos vegetales, los aluviones del tiempo amontonan en las capas geológicas de un cuerpo inanimado. Al anochecer, los recuerdos salen de sus ataúdes y, alzándose en la noche del tiempo, los contemplamos, aterrados, buscándonos como quien anhela un rostro que nunca nos abandonó en las noches de tormenta porque él fue culpable de nuestra ruina; como vampiros que una noche de luna llena revolotean tras las ventanas de nuestra habitación, esperando el momento en que una ráfaga de viento fuerce los postigos para poder volar hacia nuestro lecho y así saciar su sed de sangre en nuestro cuerpo, de igual modo los recuerdos nos poseen y, tras varias noches de anónimo placer que las bestias satisfacen en nuestra carne, cuando ya las arterias han sido vaciadas, la piel ha cobrado la lividez noctámbula del cadáver y somos felices junto al conde Drácula en el exilio de una noche eterna, ellos nos abandonan, caídos en la amargura de la soledad.

No en vano Baudelaire habla de sus diálogos con el diablo («Deux superbes Satans et une Diablesse...») (33), y transcribe su encuentro en estos términos: *Il me regarde avec ses yeux inconsolablement navrés, d'où s'écoulait une insidieuse ivresse, et il me dit d'une voix chantante: Si tu veux, si tu veux, je te ferai le seigneur des âmes, et tu seras le maître de la matière vivante, plus encore que le sculpteur peut l'être de l'argile; et tu connaîtras le plaisir, sans cesse renaissant, de sortir de toi-même pour t'oublier dans autrui, et d'attirer les autres âmes jusqu'à les confrondre avec la tienne.*

*Et je lui répondis: Grand merci! je n'ai que faire de cette pacotille d'êtres qui, sans doute, ne valent pas mieux que mon pauvre moi. Bien*

---

*cabañas bajas cubiertas de hiedra, construidas al socaire de los enormes farallones que se elevan en la región septentrional de Rhode Island. Están el olor a mar, la fragancia de los campos, el hechizo de los bosques oscuros y la alegría de los huertos y jardines al amanecer. Todas estas cosas, Randolph Carter, son tu ciudad; porque todas ellas son tu mismo ser. Nueva Inglaterra te ha dado la vida y ha derramado en tu espíritu un límpido encanto que no puede perecer. Este encanto, moldeado, cristalizado y bruñido por los años de recuerdos y de ensueños constituye la misma esencia de tus maravillosas terrazas y tus puestas de sol. Y para encontrar ese antepecho de mármol ornado de extraños jarrones y balaustradas esculpidas, y para descender finalmente por esas escalinatas deslumbrantes hasta las plazas anchísimas y las fuentes prismáticas de tu ciudad, sólo necesitas retroceder a los pensamientos y visiones de tu juventud llena de anhelos.»*

¡Cómo hubiese comprendido Baudelaire a Lovecraft!...

(33) *Le Spleen de Paris* (que citaré siempre por la edición de 1869); O. C., p. 259.